

Comentarios a la Regla de Vida.

Hermano Benjamín

*Dios, que ha confiado a cada uno de nosotros
el don particular de la vocación religiosa,
nos invita a hacerlo fructificar
durante toda la vida.*

Capítulo XI. La formación . 170. Llamada al crecimiento

La vocación religiosa es un don particular que hay que hacer fructificar durante toda la vida. Particular significa que es de cada uno, que le pertenece con singularidad. Cada vocación particular es distinta, en su nacimiento y desarrollo, a todas las demás. Una de las principales tareas de religioso a lo largo de su vida es alcanzar pleno conocimiento de ese don de Dios, de su vocación religiosa, su singularidad, matices, trabas, dependencias y fortalezas.

“Mi vocación religiosa nació en un pequeño pueblo de Castilla, donde dominaba el ambiente rural que tanto me gusta y tanto ha determinado mi vida. Yo salí del pueblo pero el pueblo nunca ha salido de mí”.

“Mi vocación religiosa se desarrolla en un colegio de una ciudad de provincias. Además ejerzo un puesto de responsabilidad dentro del colegio. No me hice religioso para gestionar horarios de profesores ni hacer contratos, pero intento ser un buen religioso dedicándome a esto”.

Hay que hacer fructificar la vocación durante toda la vida. Para poder dar frutos se requiere un árbol sano por dentro y por fuera. Es necesario que alguien se preocupe de ese árbol, que sepa cómo cuidarlo, podarlo, qué productos necesita para ser productivo y abundante. Un árbol no puede vivir de los frutos que dio en las temporadas anteriores, esa no es una cualidad del árbol. Lo que se le pide al árbol es que este año también dé buena cosecha.

“Aunque ya estoy jubilado colaboro en muchas actividades del colegio, estoy atento a las necesidades de alumnos y profesores, y trato de ser una presencia activa y evangelizadora en el colegio”.

“Cuido todos los días de mi vocación. Las dos actividades más importantes que requiere este cuidado son la oración personal, donde agradezco el inmenso don que recibido, y la oración comunitaria, en la que tomo una y otra vez conciencia de que no he sido llamado para estar solo sino para salvarme con mi comunidad”.

La llamada de Dios a vivir en religión es absolutamente personal, condicionada por lo que somos y vivimos. Por ello, requiere una respuesta personal, donde esté presente un estilo propio de entender la vida y de relacionarnos con los demás. De esta manera, la vida religiosa podrá dar frutos que sirvan a los demás, a la llegada del Reino y a nuestra propia santificación personal.